JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO
(1924 - 2010)

Con profundo dolor recibí la noticia del fallecimiento de José María Martínez Cachero: un sentimiento compartido –estoy seguro– por todos los que le conocían. Su amplia y valiosa labor científica es la expresión directa de sus cualidades personales: laborosidad, honradez, rigor, sencillez, orden, pulcritud, minuciosidad, respeto a la realidad, amor no sesgado a la historia de la literatura...

En un mundo en el que hay tanto prestigios falsamente hinchados, Cachero era *de verdad*: una persona y un investigador absolutamente fiable, en el mejor sentido del término.

Sus alumnos –del Instituto y de la Universidad– son legión. A muchos, y de muy variados perfiles, les he escuchado proclamarlo con orgullo: esa circunstancia bastaba ya como carta de presentación. Pocos elogios mejores se pueden decir de un maestro.

Como es sabido, su tarea investigadora se centró en varias líneas preferidas: Azorín, los escritores asturianos, *Clarín*, los novelistas de posguerra...

De estas dos últimas puedo aportar mi humilde testimonio como testigo próximo. Muchas veces disfruté de sus saberes clarinianos, sobre todo en gratísimos paseos compartidos por su Vetusta. Muchos lectores adorábamos a *Clarín*, ejemplo extraordinario de un tipo de narración muy poco frecuente entre nosotros; José María, además, lo sabía todo sobre don Leopoldo Alas, nos resolvía fácilmente cualquiera de nuestras dudas.

En el centenario de *La Regenta*, en 1980, el Ministerio de Cultura me propuso ser Comisario de la exposición que iba a realizarse en la Biblioteca Nacional. Exigí entonces compartir esta tarea con Cachero: eso suponía la mejor garantía

en cualquier tema clariniano que pudiera surgir, biográfico o bibliográfico, por menudo y difícil que fuera. Mi propuesta fue aceptada y pude beneficiarme entonces, una vez más, de sus múltiples saberes y de su buen criterio.

Por circunstancias biográficas, también estuve cerca de sus estudios sobre la novela española de posguerra: un tema tan peliagudo y tan sectariamente tratado, muchas veces.

En ese terreno, nuestra relación pudo comenzar en Oviedo, hace ya demasiados años, en una reunión de la Asociación Europea de Profesores de Español, en la que los dos participamos. Me encantó entonces su rigor, su amplia documentación, su juicio mesurado: le animé a que escribiera un libro sobre ese tema.

Comenzaba entonces su andadura la colección «Literatuta y Sociedad», que Editorial Castalia me había encargado dirigir. Uno de los primeros títulos que publicó fue la «Historia de la novela española, de 1939 a 1969...» de Martínez Cachero, que presentamos los dos en Oviedo, con Amparo Soler, Elena Catena y Federico Ibáñez. Recuerdo algunos detalles de aquella visita, tan grata: entre otros, unas fabes con almejas para chuparse los dedos...

El libro supuso una auténtica novedad: sin apriorismos políticos ni prejuicios estéticos, hacía *historia* auténtica de lo que supuso ese periodo literario. Sobre la base de una enorme cantidad de lecturas, se alejaba Cachero de los tópicos: mostraba una realidad compleja, sin simplificaciones maniqueas. A diferencia de lo que habían hecho otros críticos, ofrecía una historia total, no una serie de ensayos críticos sobre autores.

El subtítulo era ya muy revelador: «Historia de una aventura». Entiendo que se refería a la de la novela española, por supuesto, pero también a la suya personal, como historiador riguroso.

No es sorprendente que el libro tuviera amplia resonancia académica y se agotara pronto. Le animamos a poner al día la segunda edición: así lo hizo, con su habitual laboriosidad. En sucesivas ediciones, el libro iba aumentando de páginas y ajustando su título al contenido. La última edición se extiende hasta el final del siglo: ya no abarca treinta años sino el doble, sesenta. Comprende ya 900 apretadas páginas y 1360 amplias notas (algunas, verdaderas iluminaciones sobre puntos concretos). La bibliografía comentada ofrece 450 fichas de carácter general e incluye también folletos, periódicos, noticias... Pero las cualidades siguen siendo las mismas, las de su autor.

Hasta ese momento, ¿quién había estudiado, por ejemplo, a autores como Pedro Mata, Álvaro de Albornoz, Guillén Salaya, Felipe Ximénez de Sandoval,

José Muñoz San Román, José Vicente Puente, Juan Antonio Espinosa, Francisco Camba, Francisco Bonmatí de Codecido?

Reivindica Cachero la importancia de Foxá, Pedro Álvarez, Cecilio Benítez de Castro, Pedro de Lorenzo, Rafael García Serrano, José María Alfaro, Darío Fernández Flórez...

Se ocupa también de la importancia de figuras como Juan Aparicio, los editores José Janés o Afrodisio Aguado. Tiene en cuenta publicaciones hoy muy olvidadas, como *Mundo Hispánico*, *Vértice*, *Dominó*, *La novela del sábado*, *El español*, *Escorial*, *Fantasía*, *Medina*...

En ese estudio, se muestra Cachero muy original en temas polémicos: el realismo crítico; el presunto objetivismo que defienden, en un momento, Castellet y Juan Goytisolo; el *boom* hispanoamericano; la vuelta de los narradores del exilio; los premios; los lanzamientos publicitarios; la novela católica y metafísica; la decepción después de Franco... Y no faltan sabrosas anécdotas sobre puntos concretos como el congreso de Canarias, los premios de la Nueva Crítica y Heliodoro, la cualidad de gallego o no de Gonzalo Torrente Ballester...

LLega el libro a seis conclusiones originales y bien fundamentadas: 1/ La guerra civil no cortó tanto como suele decirse. 2/ En los años cuarenta, el género se reinicia con fuerza. 3/ En los cincuenta, no todo fue realismo social politizado. 4/ El tremendismo y el realismo social acabaron cansando. 5/ La democracia no lo arregla todo. 6/ La marcha del género debe calificarse de normal, sin rupturas.

Según eso, el balance del género es positivo. Pero el riesgo es el imperio del *marketing.* El tiempo no ha hecho sino darle la razón...

Entre las cartas que me escribió José María Martínez Cavjhero, quiero recordar ahora una, del 16 de mayo de 1987, al recibir los primeros ejemplares de la cuarta edición de su estudio. Copio uno de sus párrafos, por lo que tiene de autobiografía condensada:

> Pero el motivo de esta carta no era hablar de esta edición sino el recordar cómo fue el nacimiento del libro: agosto de 1971, Facultad de Letras de la Universidad de Oviedo, reunión de la Asociación de Profesores de Español en el Extranjero, homenaje a Aldecoa y Francisco Ayala, conferencia mía acerca de la novela española en la década de los 40, acogida más que satisfactoria y generoso ofrecimiento por tu parte para que aquel esbozo, convertido en libro, ampliados sus límites temporales, pudiera publicarse dentro de la colección 'Lite-

> ratura y Sociedad', que iba a amanecer, dirigida por ti y editada por Castalia. Atendí tu indicación, se publicó el libro (librito, en aquella primera edición), cayó bien, se convirtió en el libro de mi vida (según gusta de decir mi mujer) y ahora estamos en el fin del siglo XX y en la 4ª edición, si no corregida, sí que considerablemente aumentada. Si tú no me hubieras empujado como me empujaste, insistentemente ¿habría sucedido todo esto? Claro está que no. Por eso quiero ahora recordarlo...

En los últimos años, le animé también a que completara y tuve el gusto de publicar, en la misma colección, su estudio *Liras entre lanzas. Historia de la literatura «nacional» en la guerra civil.* Al margen de cualquier tendenciosidad, muestra en él Martínez Cachero lo que muchos callan, por ignorancia o sectarismo: la importancia estrictamente literaria de algunos escritores españoles.

En un terreno tan politizado, tan polémico, José María seguía mostrando sus mejores cualidades como investigador: el rigor, la honestidad crítica, la ecuanimidad, la ausencia de sectarismo. (Hace pocos meses, una concejal del Ayuntamiento de Sevilla ha mostrado el mejor ejemplo de los dos defectos, a la vez).

El estudio de Cachero –estaba yo seguro– iba a tener un interés científico evidente. Al animarle a redactarlo, además, tenía yo una razón de tipo personal: estaba convencido de que esta nueva tarea iba a suponer para él cierta carga pero también una ocupación ilusionante. Y esto era especialmente importante en una etapa de mayor desánimo, al haber fallecido Josefina, su admirable mujer, colaboradora y compañera incomparable; una pérdida algo compensada por la alegría de los logros crecientes de su hija María, la nueva filóloga de la familia.

Quise yo también que presentáramos el libro en Oviedo, como aquel otro. Su humildad fue retrasando el acto, que no llegó a celebrarse. Pero queda ese volumen como una aportación más de su ejemplar manera de acercarse, con una criterio rigurosamente histórico, a los temas más vidriosos de la literatura contemporánea.

Como lema de su libro sobre la novela, incluía José María unos versitos de Eugenio d'Ors, de forma conceptuosa pero claro mensaje: «No cantes nada, / no exaltes nada, / no mezcles nada: / define, / cuenta, / mide». Esos fueron, precisamente, su actitud y su método, toda su vida.

Los que tuvimos la fortuna de ser sus amigos pudimos disfrutar con la ejemplaridad de su biografía, clara y limpia, sin dobleces de ningún género. En su

cartas tengo testimonios de su escandalizado asombro ante algunas de las tropelías, tan frecuentes en las oposiciones universitarias y los concursos literarios...

No se movía él a gusto en esas pequeñas conjuras. Lo suyo era otra cosa, más sencilla, más auténtica: leer mucho; disfrutar leyendo; anotar; poner orden... Así nacían sus famosas, casi míticas, entre los colegas, fichas de lectura.

Una ciudad no son solamente piedras y monumentos, sino, sobre todo, amigos, presentes o no, pero unidos a ella en nuestra memoria del corazón. En mi caso, Oviedo es, por supuesto, Vetusta y Pilares; las páginas inolvidables de *Clarín* y Pérez de Ayala; el «cañu» del Fontán... Pero es, también, la presencia callada, siempre discreta, siempre sabia, de José María Martínez Cachero, junto al Campo: leyendo libros, tomando notas y haciendo fichas, con su letra ordenada... Como siempre.

Andrés Amorós
Universidad Complutense de Madrid